



EL GENERAL DE EJERCITO MANUEL VILLASECA

## CAPITULO CUARTO.

### PRIMERAS CAMPAÑAS EN EL SUR.

Estado de la opinion.—Lo que valió el nombre de Comonfort.—Lo que pensaba el gobierno.—Resuelve Santa-Anna ir al Sur.—Sale el 16 de Marzo.—Temores de los ministros.—Encuentros en el Mescala.—Llega Santa-Anna á Chilpancingo.—Una águila imperial.—Pompa de recibimientos y fiestas.—Accion del Coquillo.—Caen prisioneros Indart y Vargas.—Penalidades de la marcha del ejército.—Le cortan las comunicaciones.—Consternacion en México.—Tristes comentarios.—Sospechas de los ministros.—Llega el ejército á Acapulco.—Estado del castillo de San Diego.—Ataques.—Heroica defensa de Comonfort.—Gente que tenia.—Propuestas seductoras.—Las rechaza Comonfort.—Inaccion del ejército.—Santa-Anna levanta el campo, y se retira.—Horrible espectáculo.—Fusilamiento de Indart y Vargas.—Gloria de Comonfort por la defensa de Acapulco.—Actitud del general Alvarez.—Lo que pudo suceder.—Destrozos del ejército al retirarse.—Le persiguen Alvarez y Moreno.—Deserciones y enfermedades.—Accion del Peregrino.—Lo que perdió Santa-Anna.—Paso del Mescala.—Vuelve á México.

AUNQUE el gobierno aparentaba despreciar la revolucion del Sur, estaba muy lejos de considerarla tan impotente como decia. Los primeros encuentros que sus tropas hubieron de sostener con los pronunciados,



vinieron á revelar desde luego, que en el terreno de las armas habia que luchar con gente decidida; y por lo tocante á la opinion, si bien el país estaba fatigado de revueltas, y entraba de mala gana en un nuevo movimiento revolucionario, podia éste contar con los votos de la nacion, no menos cansada de llevar á cuestas el peso de la dictadura.

Las primeras calificaciones que de la revolucion se hicieron en los órganos de la prensa y en los documentos oficiales, habian causado desfavorable impresion entre los buenos amigos de la libertad y del orden, porque ni unos ni otros podian aprobar un levantamiento tumultuario sin plan político, ni secundar las miras de una demagogia sin freno, que viniese á desconceptuar la causa del pueblo, ni menos tomar parte en una simple rebelion que podia ser hija de resentimientos personales ó de venganzas privadas.

Pero estas malas impresiones primeras se disiparon pronto, porque no tenian por fundamento sino las calumnias que los enemigos de la revolucion propagaban. El plan de Ayutla, bien que á escondidas y con el mas profundo sigilo, por el terror que infundian las venganzas del gobierno, fué revelando poco á poco á toda la República, la justicia y la legitimidad de los proyectos libertadores que se anunciaban; y la revolu-

cion disipó todas las dudas que podian ofrecerse acerca de la pureza de sus intenciones, desde que pudo manifestar al país que tenia entre sus corifeos á Don Ignacio Comonfort. Lo que valió este nombre á la revolucion del Sur, hizo recordar á muchos en aquella época, lo acontecido en Francia con la revolucion de 1848: "Lamartine ha tomado parte en ella," decian sus amigos; y estas palabras tranquilizaban á los que veían en aquel movimiento una funesta renovacion de los horrores demagógicos.

No estaba tan ciego el gobierno que no viese todas estas circunstancias, ni el dictador se consideraba tan seguro en su asiento, que dejase de temer á tales enemigos. Así que, despues de esforzarse cuanto pudo para mantener viva en la opinion pública la mas profunda aversion á las revoluciones, y despues de pintar á la del Sur como una empresa demagógica y vandálica, resolvió caer sobre ella con todo su poder para darle un golpe del cual no pudiera recobrase.

El dictador no quiso confiar á ninguno la realizacion de este proyecto, y determinó llevarle á cabo por sí mismo, poniéndose al frente de una brillante division que pasaba de 5,000 hombres de todas armas, con la cual salió de México el 16 de Marzo de 1854, con direccion al Sur.



No dejó de causar notable sensación aquella salida, que según las especies propagadas por los amigos del gobierno, distaba mucho de estar justificada por las circunstancias. Tantos preparativos, tantos pertrechos militares, tantos hombres de armas, no estaban en correspondencia con la pequeñez de los enemigos á quienes iban á combatir, y menos se conciliaba todavía con esto la circunstancia de que al frente de tan lucida expedición se pusiera el mismo jefe del Estado, arriesgando en un clima ardiente y mortífero, y entre enemigos despreciables y bárbaros, aquella vida que, según la fraseología servil de la época, era tan interesante y tan preciosa.

Lo cierto es que entonces se le reveló por primera vez al país la importancia de la revolución del Sur, ya porque la gravedad de aquellas medidas la estaba claramente manifestando, ya porque se supieron y se comentaron en el público ciertos secretos de palacio y de gabinete, que pintaban lo crítico de la situación á que habían dado lugar los acontecimientos de Guerrero.

Los ministros de Santa-Anna se habían opuesto á su salida, con todo el empeño que les permitían sus hábitos de ciega sumisión; mas no pudieron hacerle desistir de su propósito, y después no pudieron disi-

mular la honda inquietud que aquella ausencia les causaba. Temían que animados con ella los descontentos, promoviesen alguna insurrección en la capital, y ellos se consideraban sin fuerza para reprimirla. Temían que Santa-Anna no volviera, ó porque se le impidiese algún revés de la campaña, ó porque cayese en alguna celada de los enemigos, ó porque perdiese la vida en alguna sorpresa, ó por cualquiera otra de las mil causas que podían ocurrir improvisamente. Hasta la solemnidad de ciertas prevenciones que se hicieron antes de emprender la marcha, dió nuevo pábulo al pavor de los ministros y de sus allegados. El presidente había dejado cerrado y sellado en el ministerio de relaciones, un pliego en el cual estaban designadas conforme al decreto de 16 de Diciembre, la persona ó personas que debían sucederle en el mando para el caso de que no pudiera volver. Aquello era una especie de testamento, que arrojaba cierto color fúnebre sobre las cosas que estaban pasando.

Entre tanto, el general Santa-Anna, al frente de sus brillantes tropas, caminaba para el Sur, con el aparato de un rey y la pompa de un conquistador. La adulación había dispuesto en todas partes magníficos recibimientos, y los periódicos de la capital se llenaban con la relación pomposa de aquellas demostraciones. Iban con el ejército personas que cuidaban



esclusivamente de que no faltaran estas apariencias, y escritores encargados de poner en su punto tales lisonjas.

El ejército atravesó los distritos de Cuernavaca, Tasco é Iguala, sin ver mas que espectáculos halagüeños, ni escuchar otro ruido que el de los aplausos que se tributaban á su jefe, y no tuvo ningun mal encuentro hasta que llegó á las orillas del Mescala. El terrible guerrillero Don Faustino Villalva se habia situado en las márgenes de aquel rio, con la investidura de comandante militar de la demarcacion, que le habia dado ya el general en jefe del pronunciamiento, y allí aguardaba denodadamente á los invasores del Sur, con ánimo de darles un buen golpe. Dos veces los atacó al pasar el rio por diferentes puntos, y en ambos encuentros les causó grandes pérdidas, haciéndoles muchos muertos y prisioneros, y quitándoles considerable botin de las inmensas provisiones que llevaban.

Despues de esto, llegó el general Santa-Anna sin tropiezo alguno hasta Chilpantzingo, donde estaba situado el cuartel general. Allí, como en todas partes, fué objeto de las mas estravagantes adulaciones; y merece ser contada una puerilidad que revela por cierto lado el carácter, ó mas bien, el espíritu de la época. En una gran revista, una soberbia águila (que se lla-

mó imperial), se cernió largo tiempo sobre las tropas; y despues de describir varios círculos, cual si buscara una presa en que cebarse, ó un sér á quien saludar de parte de Júpiter, abatió repentinamente su vuelo, parándose cerca del dictador, sin que la espantara el brillo de las armas ni el ruido de tanta gente reunida. La reina de las aves no se dejó tocar de nadie, sino del afortunado general; y así entonces como despues, solo con él se mostraba tratable y sumisa, mientras que conservaba su desden de soberana y sus salvajes instintos con todos los demas que osaban acercarse á ella.

Los periódicos de México publicaron unas comunicaciones de Chilpantzingo, en las cuales se relataba este hecho. De él se habló seriamente, y se hicieron comentarios para deducir los futuros destinos del dictador. ¡Y nadie se atrevió á protestar solemnemente contra una farsa que ultrajaba las creencias y la civilizacion del siglo, resucitando en medio de nosotros la supersticion de los augurios paganos!

Despues de algunos dias pasados en regocijos y fiestas, Santa-Anna emprendió su marcha en direccion á Acapulco, no sin encontrar por el camino diferentes partidas de gente armada, que si no eran suficientes para atajarle el paso, por el escesivo número de sus



tropas, bastaban para molestarle, y favorecer la desercion de sus soldados, que fué muy considerable desde que penetraron en aquellos climas ardientes é insalubres.

Ninguna resistencia formal hicieron los pronunciados, hasta que Santa-Anna llegó al Coquillo, porque ademas de no tener aún la conveniente organizacion para comprometer una campaña campal con la gruesa fuerza que invadia sus tierras, entraba en sus miras dejarla avanzar por aquellos parajes desolados, donde los ardores del sol, las enfermedades del clima, la escasez de recursos y las demas penalidades de una marcha tan imprudentemente emprendida, habian de debilitarla en términos de ser fácil despues darla un golpe mortal en ocasion mas oportuna.

Creyeron, sin embargo, que podian dar una buena leccion á su orgulloso enemigo al tiempo que pasara el rio Papagayo; y le aguardaron con este fin en el punto llamado el Coquillo, donde se trabó el dia 13 de Abril una pequeña accion, que aunque de insignificantes consecuencias, bastó, sin embargo, para dar á conocer al general Santa-Anna, que se las habia con gente resuelta y valerosa. Su arrojo, sin embargo, no les impedia tener prudencia, y ésta les aconsejó retirarse despues de algunas horas de combate, dejando

el paso libre á los enemigos para que fuesen penetrando en los lugares donde les aguardaban derrotas mas seguras. Algunos muertos y heridos por una y otra parte, fueron el resultado de la accion del Coquillo, quedando prisioneros en poder de Santa-Anna, dos desgraciados oficiales, llamado el uno Don José Miguel Indart, capitan de la primera compañía de San Marcos, y el otro Don Nicanor Vargas, capitan de plana mayor del batallon de Costa Chica.

Despues de la funcion de armas del Coquillo, el ejército del general Santa-Anna continuó su marcha sobre Acapulco, hostilizado siempre por los pronunciados, que aparentaban retroceder delante de él, con el objeto de inspirarle una necia confianza. El dictador y todos sus generales se dejaron engañar por aquellas apariencias; y siguieron adelante menospreciando á un enemigo que huía, sin que les hiciera caer en la cuenta de su error, la circunstancia de verle á todas horas y en todas partes, ni la de encontrarlo todo arrasado, sin víveres para la tropa, los caballos y las acémilas, y sin agua para apagar la sed, como si toda la comarca fuera un desierto. Por fin, el 19 de Abril, despues de una marcha en la cual sufrieron las tropas penalidades increíbles, Santa-Anna llegó á las goteras de Acapulco con un ejército harto mermado ya por